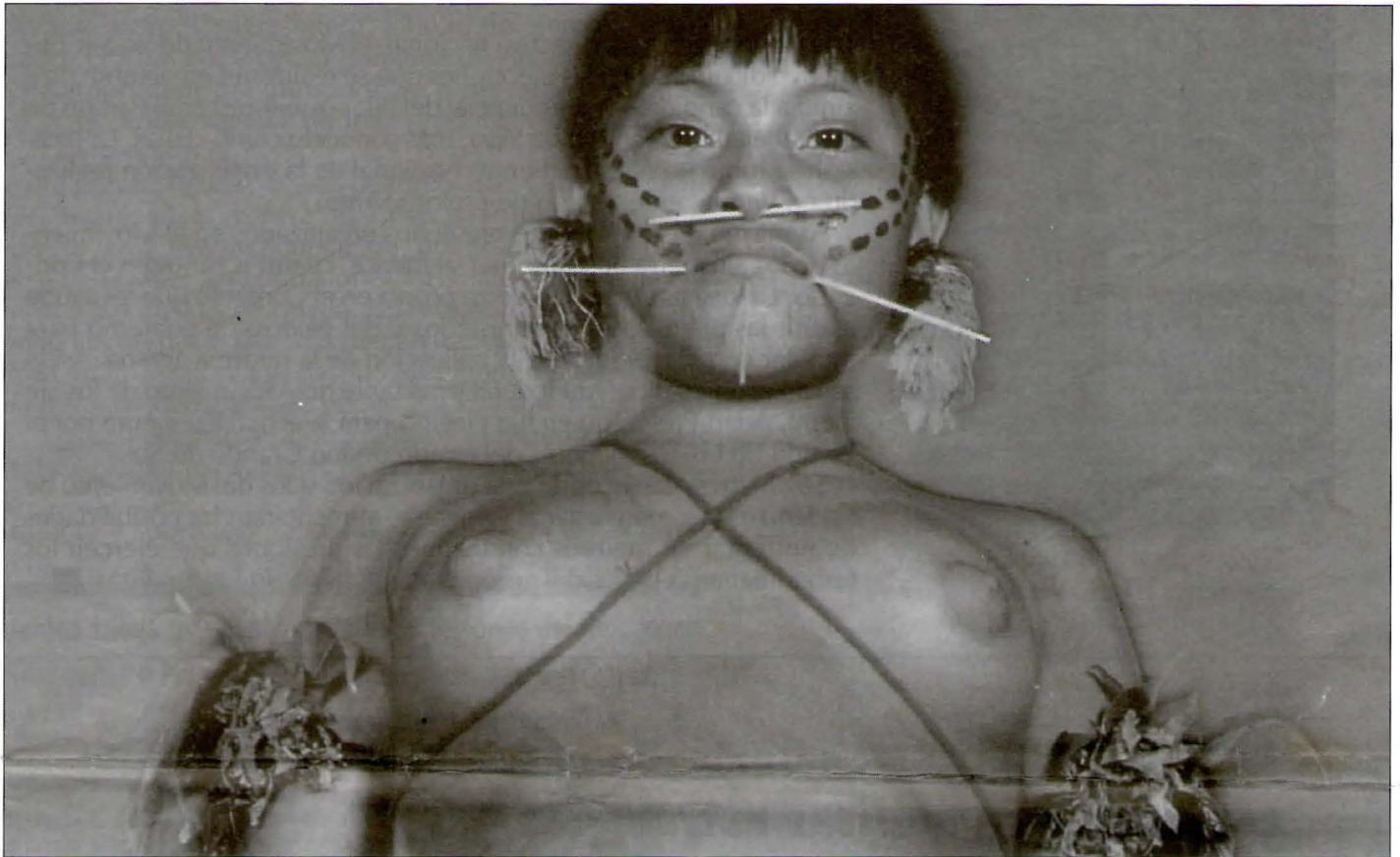


Los grupos indígenas brasileños reclaman su derecho a la vida



DANILO TRELLES

En los últimos tiempos los problemas relacionados con la tenencia de la tierra en América Latina, ha dado origen a una serie de movimientos, entre los cuales, el de los "sin tierra" de Brasil, es uno de los que ha logrado mayor trascendencia. Esto se debe, sin duda, a dos razones. Primero, la singularidad de un movimiento que no tiene raíces políticas; segundo, la serie de trágicos acontecimientos que se han producido en fechas recientes por las represiones de las ocupaciones, por otra parte, amparadas en disposiciones legales que determinan el derecho de los campesinos para asentarse en tierras abandonadas y por lo tanto no productivas.

Sin duda el problema tiene raíces más profundas y arranca realmente en los tiempos de los "descubrimientos", cuando la corona de España decreta el reparto de la tierra entre los conquistadores mediante el sistema de los "repartimientos" prime-

ro, y luego de las "encomiendas" que otorga no solo la propiedad de la tierra sino incluso la de sus habitantes, con lo que se consolida el sistema feudal.

En Brasil, los conflictos por la propiedad de la tierra ha tenido varios prólogos, siempre con matices diferentes, pero acaso el más importante fue el movimiento de las Ligas Campesinas de la década del 50 hasta el 60, liderado por un abogado de Pernambuco, Francisco Julio, a quien debe inscribirse en la historia de Brasil, como una de las figuras más sobresalientes de los movimientos sociales del país.

Aunque sean los problemas de la tierra los que han venido creando en el curso de los últimos tiempos las crisis más graves, el propósito de esta nota no es el de tratarlos globalmente, sino comentar algunos de los sucesivos conflictos que han generado, no ya dramáticos enfrentamientos, sino sucesos puntuales como el que acaba de producirse por una sentencia insólita del Tribunal Federal de Brasilia, imponiendo al gobierno nacional el pago de 450.000 dólares para indemnizar a los indios Paneras de Mato Grosso por el genocidio cometido contra ellos en la época de la última dictadura militar brasileña, durante la construcción de la carretera transamazónica.

Entre 1973 y 1975, esa comunicad conocida también como "indios gigantes" por su altura, resultó diezmada por las enfermedades provocadas por el contacto con los obreros desplazados a esa zona para la construcción del tramo entre las localidades de Cuiabá y Satarem.

Casi toda la tribu panara resultó exterminada y los noventa últimos sobrevivientes fueron desplazados en aviones a la reserva del Parque Nacional de Xingú a más de 1000 kilómetros de

sus tierras de origen. Como previeron todos los especialistas la adaptación al nuevo medio resultó imposible. De acuerdo a lo que se afirmaba en cualquier manual de antropología indígena, las diferentes tribus que pueblan distintas regiones del Amazonas, están habituadas a las condiciones ecológicas que brindan zonas que habitan desde hace siglos. Dependen de esas zonas, de unos vegetales que solo se cultivan en ese medio y cuyos sistemas de reproducción se han transmitido de generación en generación durante siglos. Quiero referir, a título de ejemplo, cuando se realizó el Primer Congreso Indígena de Altamira —al cual asistí— cada grupo indígena transportó su propia alimentación a fin de evitar los problemas que podrían producirse por cualquier cambio en las comidas.

Como era previsible, los panaras deambularon durante mucho tiempo en lugares de la reserva de Xingú y terminaron, ante el fracaso de sus tentativas de adaptación, por emprender el retorno a través de la selva en condiciones infernales, para tratar de reintegrarse a sus lugares de origen. Cuanto, al cabo de interminables penurias, las pocas decenas de panaras que lograron hacer el recorrido total, llegaron a su destino, descubrieron que el antiguo hábitat donde había estado enclavada su tribu, había desaparecido. Los árboles habían sido talados y el terreno aplanado para instalar regimientos militares destinados a la custodia de las fronteras.

No obstante y sobre todo a raíz de la sentencia del Tribunal

las diferentes tribus que pueblan distintas regiones del Amazonas, están habituadas a las condiciones ecológicas que brindan zonas que habitan desde hace siglos. Dependen esas zonas, de unos vegetales que solo se cultivan en ese medio y cuyos sistemas de reproducción se han transmitido de generación durante siglos

de Brasilia, el gobierno no tendrá más remedio que demarcar nuevas reservas para alojar a los pocos panaras que han sobrevivido.

Existe en Brasil un organismo público, la Fundación Nacional del Indio (FUNAI) cuyas funciones han sido las de estudiar y resolver los problemas creados por las operaciones de genocidio que se han ido generando desde la llegada de los portugueses en el siglo XVI hasta los días que corren. Se han concedido tierras en régimen de explotación a decenas de multinacionales, sin que hayan realizado otra labor que la tala y el incendio constante de la selva, la depredación de especies de animales que ya han entrado en vías de extinción y la explotación desenfrenada de reservas minerales consideradas de alto valor estratégico. En ninguno de estos casos las multinacionales beneficiadas cumplieron sus compromisos de reforestación, ni se aplicaron a la construcción de estructuras de comunicación o de mejoras en la explotación de los cultivos. Las dimensiones de los desastres en la conservación de ecosistemas que se consideran de interés mundial, ha adquirido tales dimensiones que ellas han trascendido incluso al ámbito nacional, habiendo sido denunciadas en diversos congresos internacionales sin que, por supuesto se hayan arbitrado medidas para someter a juicio a los depredadores.

En lo que se refiere a los pobladores de la zona amazónica, de los 5.000.000 de habitantes que existían en la época del "descubrimiento" de los portugueses, quedan hoy apenas 350.000 que han sobrevivido gracias a las presiones internacionales. Están distribuidos en 147 grupos ubicados en distintos lugares de la región amazónica y reciben ayudas de fundaciones y organizaciones que

tratan de sensibilizar no sólo al gobierno brasileño, sino incluso hasta las Naciones Unidas.

La convocatoria de Altamira, realizada hace tres años, tuvo como motivación la protesta indígena contra un plan de gobierno para construir represas hidroeléctricas a fin de crear polos de desarrollo industrial, polos que, por otra parte eran estimulados por grupos internacionales interesados en la explotación de las riquezas mineras de la región.

Decenas de grupos indígenas, sobre todo de la región de Xingú, representantes de órganos internacionales, personalidades científicas, famosos antropólogos, incluso delegados de Naciones Unidas, la FAO y UNICEF, se sumaron a la convocatoria, en la que estuvo presente el propio presidente de la FUNAI, encargado por el presidente Sarney de escuchar las alegaciones.

Las posiciones de los grupos indígenas obtuvieron en las discusiones a que dio lugar el encuentro, el total apoyo de casi todos los especialistas que dieron un aval científico a los argumentos de los grupos nativos. Se planteaba de nuevo, pero ahora de una manera radical y compulsiva, el desplazamiento de las comunidades indígenas de su hábitat natural hacia regiones donde no tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir. El gobierno brasileño ofrecía las posibilidades de organizar asentamientos con mejores condiciones de vida, sin atender los riesgos que representaba un cambio de las condiciones ecológicas por donde los grupos indígenas habían transitado toda su vida.

Las organizaciones internacionales abundaron en argumentos poniendo de relieve los riesgos que representaba la iniciativa con los peligros de poner en marcha una operación que no solo atentaba contra la vida misma de los indígenas, sino que además destruiría de manera irremediable riquísimos ecosistemas que eran patrimonio de toda la humanidad. No hubo posibilidades de acuerdo y aunque la operación quedó postergada, no existen dudas que en el nuevo cuadro de la situación económica mundial, el pretexto de la globalización hará saltar todas las vallas que se interpongan entre los intereses multinacionales y la propia existencia de estas gentes que solo reclaman sus derechos a la vida y a sus tierras. ■